Baldomero Lillo y mi mujer

Viernes - 17 - III - 44

Hace algún tiempo, en un momento de ocio, propuse a mi mujer leer a Baldomero Lillo. No lo conocía. (Mi mujer, gran lectora de Proust, desconoce casi en absoluto a los escritores de lengua española; de los sud-americanos en especial, ni qué hablar.) Aceptó. Cogí del estante "Relatos populares", abrí el libro y leí el primer cuento: "Sentada en la mullida arena...". Era "Sub-Sole". Cuando terminé, pregunté: ¿qué tal? Espantoso -- me respondió --. Podía haber dejado, siquiera, que se salvara el niño. (En el estudio que González Vera ha dedicado a Baldomero Lillo en la segunda edición de "Sub-Sole", dice, al hablar de este cuento: "Es este uno de sus más pavorosos cuentos. No es posible concebir tanto horror destilado gota a gota. Hay en estas páginas ensañamiento contra la sensibilidad pública. La terrible imaginación del cuentista describe el horror con sombría majestad. Palacio Valdés ahoga instantánemante a su personaje. La tragedia queda reducida entonces a la soledad del niño. Por el contrario, Lillo condena al suyo a morir de manera segura cuando suba la marea. Y aún le agrega la consiguiente muerte de la criatura que deberá sobrevenir después.")

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©

Dejé "Relatos populares" y tomé "Sub-Sole". Para desdicha de mi mujer, abrí el libro en la página 91. Allí estaba "El remolque". No recordé de qué trataba aquel cuento y lo leí. Y este cuento y el anterior serán, con toda seguridad, los únicos dos cuentos de Lillo de que mi mujer llegará a tener conocimiento. No leerá espontáneamente ningún otro y si alguna vez la amenazo con leerle uno, me dirá que antes de hacerlo mire de qué trata. Y gracias a esta pequeña experiencia, cuando hable de Lillo dirá, indefectiblemente y haciendo caso omiso del valor total de ese escritor, que es autor de unos horrorosos cuentos.

Pero mi mujer no es, felizmente para mí, crítico literario. De este modo, lo que diga o deje de decir a sus amigas sobre Lillo no tendrá importancia ni trascendencia alguna, o sea, no agregará ni quitará gloria

al recordado autor de "El angelito" (otro cuento contraindicado para los lectores hiperestésicos). ¿Qué ocurriría, sin embargo, si mi mujer, aprovechando cualquier descuido mío y sin más conocimiento de Lillo que el que le proporcionaron aquellos dos cuentos, además de algunos escasos datos personales que le proporcioné -- había vivido en las minas de carbón y muerto de tuberculosis --, escribiera y publicara un día un artículo sobre la personalidad literaria y humana de Baldomero Lillo? No quiero ni pensar en lo que ocurriría. La demanda de nulidad de matrimonio, si no el asesinato con premeditación, alevosía y pública jactancia, seguiría a la publicación de aquel artículo. Porque lo que yo le puedo perdonar a mi mujer como mujer mía, no se lo podría perdonar como crítico literario.

Manuel Rojas

CELICH UC
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Sucesión Manuel Rojas ©